

taba por venir. Además, la grande esperanza que cobraron de que les enviara el Espíritu Santo que les había prometido, y que vendría tiempo en que habían de subir con él á estar donde él está, conforme á la palabra que de esto les dió. Y finalmente el grande amor que le tenían, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas á Jerusalem, sus corazones estaban en el cielo, contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

4. Estas tres cosas han de causar tambien grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria, y alegrándome con la esperanza de subir donde él está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas á cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder mas ligeramente volar á donde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad: *Que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (1); esto es, adonde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas (2), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza (3), y tomando alas de águila, suben á contemplarle, y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio. O Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires y pones tu nido en lo mas alto del cielo (4), provocándome á que te siga con el deseo; renueva mi juventud como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar tras tí, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazon á donde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversacion en el cielo, donde tú vives y reinas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL CIELO EMPÍREO, Y DE SU ASIENTO Á LA DIESTRA DEL PADRE.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo (5); en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba; la

(1) Matth. xxiv, 28. — (2) Psalm. cii, 5. — (3) Isai. xl, 31.
(4) Job, xxxix, 27. — (5) Marc. xvi, 10.

alegría y música con que entró; las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.—El acompañamiento era de todas las almas que había sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron mas á morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que *subiendo á lo alto, llevó consigo cautiva á la cautividad* (1). Esto es, llevó las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras, con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, á donde habían de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diría cada uno aquello del salmo: *¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece, mirando los palacios del Señor* (2).

2. Con esta vista comenzó luego la música celestial que dice David: *Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta* (3). ¡Oh qué júbilos de alegría sentían aquellas almas, acompañando á su Dios! qué voces de alabanzas mas sonoras que de trompetas salían de sus corazones, glorificando á su Señor! Unas á otras se provocarían á cantar estos cánticos de alabanza, diciendo lo del mismo David: *Cantad á nuestro Dios, cantad, cantad á nuestro Rey, cantad, y cantad con gran sabor, porque Dios es Rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Tambien dirían lo del otro salmo: Cantad al Señor que sube sobre el supremo cielo al Oriente* (4), y allí mora en una luz inaccesible, para alumbrar á sus escogidos, con la lumbre de su gloria.

3. Con el coro de las almas, entraba tambien un coro de innumerables Ángeles que vinieron para acompañar á Cristo nuestro Señor, sirviéndole, como dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares: *millia latantium* (5). Todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza, unos decían á los otros: *Abrid, príncipes, vuestras puertas; abrid, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Otros respondían por via de ad-*

(1) Ephes. iv, 8. — (2) Psalm. lxxxiii, 2. — (3) Psalm. xlvi, 6.

(4) Psalm. xlvii, 33. — (5) Psalm. lvii, 18.

miracion: *¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes; este es el Rey de la gloria* (1). Otros le preguntaban por via de regocijo: *¿Quién es este que viene de Edom, teñidas las vestiduras de Bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud* (2)? que es decir: *¿Quién es este que sube del mundo sangriento y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa à maravilla y con muestras de grande virtud y fortaleza? Yo soy, dice, el que hago justicia y el que peleo para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome à mí y à ellos al cielo que les tengo merecido. Entonces todos à una voz dirian lo del Apocalipsis: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduria, la honra, gloria y fortaleza, y la bendicion y alabanza, por todos los siglos. Amen* (3). O Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que teneis bien merecido. *Subid, Señor, à vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificacion* (4), pues tan bien habeis trabajado por nosotros. *Levantaos sobre los cielos; subid sobre los Querubines* (5), y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas (6), pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga diciendo con ellos; Santo, santo, santo es el Señor Dios de las batallas; el que es, el que fué, y el que ha de venir: Llenos están los cielos de vuestra gloria, con la entrada tan gloriosa que haceis en ellos.

4. Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque tambien por el mismo se puede decir: *Ascendit Deus in júbilo. Dios sube con grande júbilo* (7), alegrándose su ánima santísima con gran regocijo, por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que habia hallado la oveja perdida y le traia consigo al cielo, de donde bajó en su busca, diria à los Ángeles *que se alegrasen con él, y le diesen el parabien de haberla hallado* (8). O Pastor soberano, que tan à costa vuestra buscásteis la oveja del linaje humano, gózome del gozo que teneis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico me hagais participante de él.

(1) Psalm. xxiii, 8.—(2) Isai. lxiii, 1.—(3) Apoc. iii, 12.—(4) Psalm. cxxxi, 8.
(5) Psalm. cvii, 6.—(6) Psalm. xvii, 11.—(7) Psalm. xlvi, 6.—(8) Luc. xv, 6.

buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome despues à gozar con Vos en la otra.

PUNTO SEGUNDO.—1. Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice san Pablo (1), y llegado à lo supremo del cielo empireo, presentó al Padre eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo (2), y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo habia hecho en su servicio, le diria lo que dijo en el sermon de la cena: *Padre, yo he manifestado tu nombre à los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste: ahora, Padre, clarifica à tu Hijo, con la claridad que tuve delante de tí, antes que criases al mundo* (3). ¡Oh qué contento recibiria el Padre eterno, con el presente que su Hijo le hacia, y con grande regocijo le mandaria sentar à su mano derecha (4), cumpliendo lo que habia profetizado David en su salmo: *Dijo el Señor à mi Señor: Siéntate à mi mano derecha* (5). Dice que se siente, para significar su señorío quieto y sosegado, y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente à su mano derecha, para que se entienda que le da los mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los Ángeles, Arcángeles, sobre las Potestades y Dominaciones, sobre los Querubines y Serafines, como cabeza y señor de todos, porque à ninguno de los Ángeles dijo: *Siéntate à mi diestra, antes quiere que todos sean sus criados, y ministros de su gobierno* (6).

2. Aquí tengo de ponderar que bien premió el Padre eterno à su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló mas que todos: por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquias angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo mas profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo mas alto del supremo cielo (7), y le dió un nombre sobre todo nombre, à quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre (8). Aprende, ó alma mia, à humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; por-

(1) Hebr. iv, 14. — (2) D. Thom. 3 p. q. 57, art. 4, q. 58. — (3) Joan. xvii, 4.
(4) Marc. xvi, 19. — (5) Psalm. cix, 1. — (6) Hebr. i, 13. — (7) Ephes. iv, 9.
(8) Philip. ii, 9.

que como dice el Apóstol: *Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó estando muertos por el pecado, nos hizo vivos á Cristo* (1), por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús.

3. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y tambien grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo: *Quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens: buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre* (2). O dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro, allí está mi corazon, donde Vos estais ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. Ea, alma mía, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa á caminar donde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habian estado cerradas. Alégrate con estas nuevas; corre con la ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazon al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su celestial estrado; porque si ahora moras allí con el espíritu, despues morarás con él glorificada tambien con el cuerpo, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como sentado Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. Á unas puso entre los Ángeles, á otras entre los Arcángeles y Principados, y á otras entre los Querubines y Serafines, dando á cada una el lugar y silla conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría á los Patriarcas y á los Profetas; al glorioso san José y al gran Bautista; y tambien el lugar que daría á los que subieron con él glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! oh qué alegres estarían los Ángeles, cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David, en los hombres las ruinas y caidas de los malos Ángeles (3)! ¡Oh cuán bien cumplió el Padre eterno la palabra que dió á su Hijo, cuando le dijo: *Porque entregó su alma á la muerte, yo le*

(1) Ephes. II, 4. — (2) Colos. III, 1. — (3) Psalm. CIX, 6.

repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos (1)! Gózome, ó dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos.

2. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo: *Pues tenemos un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesion de nuestra esperanza, no desfalleciendo* (2) en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos; y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan: *Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciacion por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo* (3). Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redencion tan copiosa como la que hizo, no dejará de abogar por mí y aplicarme el perdon que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá á tener parte con él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

DEL RECOGIMIENTO Y ORACION QUE TUVIERON LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA ASCENSION HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO PRIMERO.—1. *Volviéndose los discípulos á Jerusalem, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás apóstoles, perseverantes unanimiter in oratione, cum mulieribus, et Maria matre Jesu, et fratribus ejus: perseverando todos con un mismo ánimo en la oracion juntamente con las devotas mujeres y con Maria, madre de Jesús, y con sus hermanos.*—Lo primero, se ha de considerar como los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron estos diez dias en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gen-

(1) Isai. LIII, 12. — (2) Hebr. IV, 14. — (3) I Joan. II, 1.